



Edipo y Clio : algunas consideraciones sobre subjetividad e historia

Autor:

Di Cori, Paola

Revista

Mora

1995, N°1, pp. 18-30



Artículo



Edipo y Clio

Algunas consideraciones sobre subjetividad e historia*

Paola Di Cori**

*El centro de gravedad del sujeto es esta síntesis
presente del pasado, que se llama historia*

Jacques Lacan ¹

* Ponencia presentada en "Storia e problemi contemporanei", n.8, noviembre 1991.

** Profesora e Investigadora en Historia en la Universidad de Urbino, Italia.

¹ LACAN, J.: **Il Seminario. Libro I. Gli scritti tecnici di Freud, 1953-1954**, Torino, 1978, pág. 45.

Hasta hace poco tiempo, entre los que se dedican a la profesión se tenía la idea de que abordar el tema de la subjetividad en historia era algo concerniente ante todo a las mujeres historiadoras, y se lo consideraba como una fijación mujeril; era un tema tratado, por así decir, un poco como una especie de menarca dentro de la disciplina, el cual podía causar malhumores periódicos aunque transitorios y al que, de todos modos, no se le atribuía una excesiva importancia ².

Alguna cosa, no fácil de individualizar ahora, vino a liberar de toda certeza inveterada tan soberbia convicción, pues en el breve lapso de dos o tres años casi todos empezaron a ocuparse de él, y por supuesto también los historiadores hombres.

Nuevos matices de significado comenzaron a enriquecer el número de términos disponibles para describir los ámbitos de competencia, y contribuyeron a cambiar tan radicalmente la perspectiva concerniente a aspectos muy diversos de la investigación, que no parece fuera de lugar afirmar que estamos frente a un verdadero cambio de identidad de la disciplina ³. En efecto, ha comenzado un proceso de transformación casi imparable, testimonio del cual son los múltiples estudios recientes referidos al área problemática de la subjetividad ⁴.

Muchas son las causas que han contribuido a orientar este cambio, y son tantas que no se pueden resumir en unos pocos parágrafos, ni ser reducidas a un origen único; pero vale la pena acercarse a este nuevo horizonte proponiendo algunos interrogantes en torno a los problemas que todavía no han encontrado una sistematización satisfactoria en el cuadro del debate historiográfico.

² Cfr. por ejemplo los diversos estudios en una colección (Il mondo contemporaneo) de varios volúmenes muy difundida en el último decenio, **Gli strumenti della ricerca. Questioni di metodo**, a cargo de G. DE LUNA, P. ORTOLEVA, M. REVELLI, N. TRANFAGLIA, FIRENZE, 1983.

³ Hace algunos años desarrollé algunas consideraciones relativas a los cambios que se han verificado en el campo historiográfico a partir del nacimiento de una historia de las mujeres, vale decir, cuando la presencia de estudiosas cuya posición, sostenida en base a la pertenencia sexual, no coincidía con la de los historiadores, ha presentado al resto de la disciplina el problema de la naturaleza de la relación entre sujeto y objeto dentro de la investigación. Sobre este punto se van a desarrollar sucesivamente ulteriores observaciones en el curso del presente artículo. Cfr. P. DI CORI, *Soggettività e pratica storica*, en **Movimento operaio e socialista**, n. 1-2, 1987 y *Prospettive e soggetti nella storia delle donne. Alla ricerca di radici comuni*, en M.C. Marcuzzo-A. Rossi-Doria (a cargo de), **La ricerca delle donne. Studi femministi in Italia**, Torino, 1987.

⁴ Para Italia son fundamentales los trabajos publicados por L. PASSERINI. Cfr. **Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria**, Firenze, 1988, que incluye un amplio aparato bibliográfico. Véase también el volumen **Discutendo di storia. Soggettività, ricerca, biografia**, Torino, 1990, que recoge diversas ponencias presentadas en el convenio organizado en Fiesole en octubre de 1989 por la Società Italiana delle Storie. Inexplicablemente, la reciente reseña de A. CARRINO, *Il soggetto al centro della storia*, en **I viaggi di Erodoto**, n. 12, diciembre de 1990, no tiene en cuenta ni el trabajo de Passerini ni el debate al que se hace referencia en las páginas presentes.

¿Cuándo y cómo surgió la metamorfosis, desde una perspectiva que hace un tiempo estaba dotada de indiscutibles demostraciones femeninas y que ahora profesa abiertamente la bisexualidad? y ¿qué consecuencias se derivan de ello en el plano de la investigación histórica?

Comencemos por lo pronto a decir que quien se ocupa de historia en Italia, con la gran excepción de las historiadoras feministas, en general muestra escasa sensibilidad en las confrontaciones de los aspectos teóricos del problema y aún menos conciencia de las relativas complicaciones que existen en el plano de la comunicación. Por otra parte, es difícil empezar una primera reflexión sobre un tema tan complejo sin hacer algunas consideraciones preliminares al respecto ⁵.

Subjetividad, como cualquiera puede apreciar, no sólo se ha difundido aquí y allá en el lenguaje culto o menos culto, en los debates de carácter político y de divulgación, sino que muy frecuentemente se da el hecho de que no hay en absoluto acuerdo acerca de su significado; y son tantas y tan variadas las atribuciones semánticas existentes que a veces resulta poco claro a cuáles de ellas se refiere el que habla o escribe. En fin, se aplica admirablemente a nuestro caso lo que Bajtin ha sostenido a propósito de los aspectos intencionales de la lengua.

*La palabra -escribe en páginas ya muy famosas- vive fuera de sí, en su viva tendencia hacia el objeto; si prescindimos totalmente de esta tendencia, resta en nuestras manos el cadáver desnudo de la palabra, a partir del cual no podremos aprender nada sobre la situación social y sobre el destino vital de esa palabra. (...) Toda palabra tiene el aroma del contexto y de los contextos en los cuales ella ha vivido su vida llena de tensiones sociales; **todas las palabras y todas las formas están habitadas por intenciones** ⁶.*

Entre las diversas razones por las que la palabra *subjetividad* está rodeada de confusión, una de las principales tiene que ver con la cantidad excesiva de escritos referidos a ella. De hecho, sucede con frecuencia que diversas acepciones del término están presentes al mismo tiempo pero sin que se respeten los roles específicos de cada una; es decir, se tiende a asimilarlas como si todas tuviesen propiedades y características iguales, ocultándose así su naturaleza multiforme. No hay que asombrarse, entonces, de que *subjetividad* se mueva penosamente en el mundo y le sea difícil adquirir una fisonomía más precisa; o peor, que continúe dando vueltas sobre sí misma sin llegar siquiera a explorar a fondo una de las varias rutas posibles que podría recorrer. Tal estado de deambulación incierta es el producto perverso de un tratamiento muy peculiar en el contexto italiano: muchas veces

⁵ Traté aspectos afines a los que se tratan en estos párrafos en el estudio *Soggettività e storia delle donne*, en Aa.Vv., , **Discutendo di storia**, cit.

⁶ M. BAJTIN, **Estética e romanzo**, a cargo de Clara Strada Janovic, Torino, 1979 (tercera edición); las citas están en las pags. 100 y 101, dest. mío. Véase también todo el capítulo dedicado a la palabra en la novela, págs. 67-230. Una importante contribución relativa a la relación entre Bajtin y la crítica feminista al mito de la objetividad de la ciencia está en el trabajo de M. DIAZ-DIOCARETZ, *Bakhtin, Discourse, and Feminist Theories*, en **Critical Studies**, n.2, 1989.

subjetividad asume ya la semblanza de una persona, ya la de una abstracción; en suma, se usa, y con frecuencia de manera totalmente inconciente, para indicar tanto la una como la otra juntas ⁷.

En consecuencia, parece útil, a fin de aclarar esta situación intrincada, intentar una descripción sumaria de cómo acontece un fenómeno tal y comenzar echando una mirada a los múltiples y diversos planos que participan de este proceso de transustanciación.

1. Un primer malentendido aparece en los casos en que *subjetividad* se hace equivaler a *sujeto*, y entonces prevalece un uso alternativo y cambiante entre los dos. La encontramos a menudo usada en este sentido especialmente en la forma plural (se dice “la subjetividad” cuando mejor se podría decir “los sujetos”); es decir, se la usa para indicar la persona. Pero el hecho de reemplazar a *sujeto* no carece de consecuencias, porque las dos palabras no son del todo idénticas; en un cierto sentido una parece tener más fuerza que la otra. La preferencia acordada a *subjetividad* apunta en realidad a alguno/a conciente de su propia identidad, una acepción que contiene un tratamiento intencional implícito concerniente a la afirmación de sí, a la voluntad de uno/a cuyo objetivo es el de sobresalir y hacerse valer. Cuando se busca acentuar estos aspectos cualitativos nos encontramos claramente frente a un deslizamiento radical, desde una determinación relativa al ser humano en carne y hueso hacia una facultad mental.

2. Existe además un segundo nivel de significado que se usa con frecuencia y que tiene que ver con la esfera propiamente autobiográfica expresada en lo externo; para decirlo de modo simple, se trata del “hablar de sí” en público, el irrumpir de los elementos personales en contextos que no son privados, poco importa que se lo haga en forma oral, visual o escrita. Cuando se está junto a otros, puede bastar la breve alusión a algo relativo a sí mismo para que inmediatamente prorrumpe la referencia a una operación “subjetivizante”. En este contexto, una característica típica de la palabra es la de estar a menudo acompañada de los pronombres personales (“*mi* subjetividad”, “*su* subjetividad”, etc.) como forma sustantiva de autoconciencia individual.

3. Hay, en fin, un plano de referencia mucho más amplio que reenvía a la subjetividad en tanto problema teórico general, pasible también de adoptar relevantes roles políticos. Desde el punto de vista gramatical se trata del caso en el que prevalece invariablemente el singular, pero, a pesar de que el diccionario indica el género femenino, se trata del comportamiento típico de quien, aunque dotado

⁷ En el análisis ofrecido por PASSERINI -que constituye una de las pocas tentativas rigurosas de propuesta teórica sobre el tema- ambas cohabitan dentro de un mismo espacio historiográfico sin generar confusiones; pero se trata de una excepción. Cfr. su **Soggettività e storia**, cit., todo el capítulo I, y en particular el párrafo titulado *Un itinerario di biografia intellettuale*, págs. 25-30.

de una naturaleza masculina prevalente, tiende a considerar que esta última tiene una connotación “neutra” y universal, cuya validez se extiende a ambos sexos. (En los años Setenta era común acentuar el género cuando se hablaba, por ejemplo, de “subjetividad obrera”).

Si se deja de lado cualquier disputa en torno a la diferencia sexual, *subjetividad* pierde en esta caso toda connotación específica para adquirir los rasgos amorfos del anonimato y transformarse en un indistinto “conjunto de los sujetos”. Aquí el recorrido cumplido es inverso al que hemos trazado en el primer nivel; vale decir, se procede a través de una abstracción mental para llegar a la materialidad de los individuos abstractamente concebidos (la citada “subjetividad obrera”).

En suma, nos urge destacar que en nuestra palabra un manto oscuro y uniforme parece recubrir los vivaces colores de su carga semántica. Una incesante actividad de neutralización de los equívocos frecuentes que se dan de un nivel a otro, de ocultamiento de las variadas identidades que ella adopta una vez y otra, parece producirse en su interior, con el efecto de una continua dispersión. Vale decir que los distintos significados que cohabitan juntos se mezclan y confunden impidiendo conservar los límites de cada uno, y no siempre resulta claramente perceptible cuál es el que el usuario quiere poner en evidencia. Además, los distintos matices que presenta son tan conflictivos y divergentes entre sí que no es posible formular la hipótesis de una definición ideal omnicomprendiva que los reúna a todos. Como es fácil de comprender, de esta convivencia llena de contrastes surgen aspectos muy problemáticos, de los que vale la pena dar cuenta.

1.1) Los principales inconvenientes que emergen de la primera de nuestras ecuaciones - la que asimila *subjetividad* a *sujeto* - conciernen a la pretensión de suponer que se está hablando de individualidades plenas, concretas, fuertes y autónomas.

Cuando se produce la sustitución de la una al otro acaece una profunda subversión en la existencia relativamente tranquila del sujeto; el cual, tomado solo, sin adjetivos ni especificaciones que lo definan, tiene un carácter dócil, regulado por la nomenclatura del diccionario: “un argumento”, “una persona”, “una unidad sintáctica”. Pero no bien se lo asimila a *subjetividad* es como si adquiriese una inmediata carga vital, no siempre conforme a él, que lo transforma en ser activo y conciente.

En cierto sentido, aquello que se expresa en la particular superposición entre subjetividad y sujeto no es un cambio verdadero y real sino más que nada un deseo. La asimilación de una al otro constituye en verdad una interesante transposición en el plano lingüístico de lo que por siglos ha significado sobre todo una imposibilidad histórica; se da por entendido algo que todavía no existe, se piensa que ya se ha alcanzado el añorado protagonismo sexual, individual, social y político hasta ahora negado. (Este aspecto es muy evidente si se tiene en consideración gran parte del debate político feminista en Italia, y que con frecuencia también está presente en tanta producción de historia de las mujeres. El inglés Ronald Fraser lleva a cabo una operación totalmente opuesta y no da por descontado que en el trabajo de análisis personal y en el histórico se consiga una imagen compuesta y ordenada de la persona humana. Su investigación autobiográfica lo lleva en realidad a pasar revista

a un conjunto de fragmentos: las partes separadas, y no dispuestas armoniosamente en una entidad compleja, de sí mismo como sujeto y como historiador)⁸.

2.1) Una marcada semejanza entre *subjetividad* y *yo personal*, al punto de provocar la identificación, caracteriza la segunda área semántica especificada. En torno a ella se amontonan numerosas especificaciones que dan cuenta del universo privado e íntimo de las personas - desde los sucesos de la propia vida pasada y presente hasta las incursiones introspectivas de carácter intelectual-. Pero lejos de limitarse a estos aspectos, nuestra palabra se lanza aventuradamente a empresas de conquista y termina por invadir dos ámbitos particularmente complejos con los que tiene que saldar cuentas - el de la experiencia y el de la verdad.

Las infinitas y fragmentarias variantes autobiográficas y autoconcientes que constituyen la aquitectura externa de este nivel egocéntrico no son más que figuras de contorno útiles para enmarcar el triunfo de una protagonista imponente - la esfera de la experiencia de sí. La narración de la propia vida, la autorrepresentación y el autoanálisis son todos modos con que la *subjetividad* se ve colmada de episodios, emociones, pensamientos narrados, hasta desbordar de elementos dotados de un gran carácter físico; esto se revela como el medio mejor para diseñar una zona franca sobre la que afirmarse.

Solamente una gran expansión permite considerar la propia subjetividad (en tanto asimilada a experiencia) como un punto de partida garantizado, como un centro de orientación para descubrir las partes más genuinas de la realidad humana histórica y social, aquellas a las que asignar legitimidad, peso y valor superiores a cualquier otra prueba. Una vez conseguida la seguridad material, desde este lugar donde se construye la identidad personal se puede partir y dar vueltas en el aire a distancias vertiginosas. La maniobra más peligrosa es ahora la de inducir a la experiencia a transferir sus propios confines hasta el límite extremo y a acercarse al territorio donde reina la verdad.

El pasaje: subjetividad—experiencia—verdad tiene un poder fascinante, que roza también las togas de los magistrados; ya no más entendida sólo como relación indicial en un proceso que todavía debe instruir al fuera de sí, el juego entre mentira y justicia se desarrolla finalmente teniendo como perno esencial la situación egocéntrica en la que nosotros/as, sólo nosotros/as, llegamos a ser los principales detentores/as de la verdad.

⁸ Cfr. R. FRASER, *In Search of a Past*, London, 1985 y la entrevista *In Search of a Past. A Dialogue with Ronald Fraser*, *History Workshop*, n.20, 1985. Sobre este libro y sobre otros aspectos de la escritura autobiográfica por parte de historiadores cfr. S. DENTITH-P. DODD, *The Uses of Autobiography*, y S. YEO, *Difference, Autobiography and History*, en *Literature and History*, n. 1, primavera 1988. Consideraciones muy interesantes son tratadas por L. MARCUS, "Enough about you, let's talk about me". *Recent autobiographical writing*, *NEW FORMATIONS*, n. 1, 1987. Sobre la autobiografía como género es fundamental la recopilación a cargo de J. OLNEY, *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*, Princeton, N.Y., 1980. Cfr. además el monumental trabajo de Georges Gusdorf, pionero y precursor de estos estudios, que finalmente ahora salió a luz, *Autobiographie*, Paris, 1991.

La asimilación que se verifica entre *subjetividad* y *yo personal* parte, en consecuencia, de una base material profundamente enraizada y, a través de etapas sucesivas, accede a la abstracción de mentira, verdad y justicia.

(La historiadora que ha mostrado mayor conocimiento de todos estos problemas y los ha tratado con infinita cautela, es sin duda, Natalie Zemon Davis. De especial interés en este sentido es su análisis sobre el caso Martin Guerre y otros escritos dedicados por ella a la autobiografía y a la discusión de problemas relativos a la entidad personal en la edad moderna⁹. Desde el punto de vista teórico, debemos a Teresa de Lauretis haber propuesto un modelo articulado de construcción de la subjetividad femenina relacionado con la experiencia. Sin embargo, esta última no debe ser entendida como mero receptáculo sensible, sino más bien como un proceso, “una construcción continua, no como un punto de partida o de llegada firme desde el cual cada uno/a interactúa con el mundo”¹⁰).

La apelación a la experiencia no parece fuera de lugar a propósito de este segundo nivel. Detrás de la excesiva intimidad que se crea en la triangulación subjetividad/experiencia/verdad se oculta en realidad otro peligro muy grave, que no apunta tanto a la orientación semántica de la operación sino a algunas viscosidades metodológicas inesperadas que derivan de la enorme responsabilidad otorgada a cuanto tiende a ocupar la posición central - una vez más, la experiencia.

Si el que hace historia le otorga un deber demasiado alto en el propio trabajo, se puede estimular un proceso en el que -fascinados/as por la posibilidad de lograr aferrar el pasado (en nuestro caso a tocar con la mano “la subjetividad” de quien vivió en otra época) - no se desarrolla más una obra de *construcción*, en sentido benjaminiano, sino que nos limitamos a vestirlo con los viejos hábitos de la reconstrucción historicista¹¹. En lugar de una relación dinámica con la tradición

⁹ Cfr. N. ZEMON DAVIS, **The Return of Martin Guerre**, Harvard, 1983 (trad. it. Torino, Einaudi, 1985) y sobre todo el extenso análisis contenido en *On the Lame*, AMERICAN HISTORICAL REVIEW, n. 3, junio 1988; v. también *Boundaries and the Sense of Self in Sixteenth-Century France*, en T.C. HELLER at alii (a cargo de), **Reconstructing Individualism**, Stanford, 1986, y *Fama e riservatezza: la “Vita” di Leone Modena come autobiografia della prima età moderna*, QUADERNI STORICI, n. 1, abril 1987.

¹⁰ Cfr. TERESA DE LAURETIS, **Alice doesn't. Feminism, Semiotics, Cinema**, Bloomington (Ind.), Indiana University Press, 1984, p. 159. Cfr. también Joan SCOTT, **Gender and the Politics of History**, New York, Columbia University Press, 1988, págs. 4-5. Importantes contribuciones sobre la relación entre construcción de la subjetividad, teoría feminista y psicoanálisis se encuentran en la recopilación a cargo de Parveen ADAMS y Elizabeth COWIE, **The Woman in Question**, Londres, Verso, 1990; cfr. en particular la aguda puntualización de Constance Penley, *Missing m/f*, ivi, págs. 6-9.

¹¹ Además de **Tesi di filosofia della storia**, cfr. dos breves textos que abordan el problema de la experiencia, W. Benjamin, *Il carattere distruttivo* y *Esperienza y pobreza*, ambos en el volumen a cargo de F. RELLA, **Critica e storia. Materiali su Benjamin**, Venezia, 1980. Sobre la relación entre construcción y reconstrucción, entre Freud y Benjamin, ha llamado la atención Rella en un ensayo muy estimulante que introduce el volumen citado. Véase también R. BODEI, *La malattia della tradizione. Dimensioni e paradossi del tempo in Walter Benjamin*, en: **Walter Benjamin. Tempo, storia, linguaggio**, a cargo de Lucio BELLOI y Lorenzina LOTTI, Roma, 1983.

pasada, tendremos en nuestras manos no por cierto la experiencia real “resucitada” por nosotros, sino imágenes ilusorias; no la subjetividad de otros, pero aún menos un pleno conocimiento de la nuestra, irremediabilmente empobrecida por una relación falseada con el tiempo y la tradición ¹².

3.1) Llegamos así al último nivel, el que algunos párrafos más arriba hemos caracterizado como lugar en el que la *subjetividad* adopta un aspecto inclusivo, que recoge la característica física de la persona en una esfera superior de generalidad humana abstracta: “el conjunto de los individuos”.

La adopción de la forma sustantiva singular, máscara sin rostro de cuerpos que permancecen escondidos, tiene el sabor de un revival y tiene la función de recubrir nuestra palabra de toda una serie de significados de los que se había perdido rastro en los últimos años, pero que hace un tiempo eran comunes entre los glosadores de Rousseau y de Marx. Aquí es frecuente la sinonimia en expresiones del tipo: “voluntad general”, “conciencia de clase”, “autoconciencia social”, etc. (Esta me parece, para dar un ejemplo, la acepción adoptada por Paolo degli Espinosa en un escrito reciente) ¹³.

En este momento se dirá: y el que se ocupa de historia ¿cómo se comporta frente a un universo tan contradictorio y complejo? Que se trate de hombres o de mujeres ¿tiene importancia para imprimir a la palabra un significado en lugar de otro? La respuesta es naturalmente afirmativa, y se puede tener una correspondencia interesante si se tiene en cuenta en este sentido lo que ocurre en dos asociaciones profesionales hace poco constituidas: la SIS (Società Italiana delle Storiche), nacida en 1989, y la SISSCO (Società Italiana per lo Studio della Storia Contemporanea), creada al año siguiente.

La característica de la SIS es la de ser una asociación sólo de mujeres, mientras que la SISSCO acoge tanto historiadores (que son la ultra mayoría) como también diversas historiadoras. Es fácil comprender cuán diversas son las perspectivas que caracterizan a estas dos sociedades si se leen los estatutos que definen las normas y los objetivos generales.

En el caso de la SIS el acento está puesto en la identidad de las personas (el artículo 2 del Estatuto dice: *la Asociación no tiene fines de lucro y se propone como estructura de agregación que permita valorizar la experiencia y la subjetividad femenina*) ¹⁴. Para la SISSCO, en cambio, hay en primer plano un objetivo externo a la persona (según la Premisa del Estatuto: *Un grupo de estudiosos de la edad contemporánea se constituye en asociación para favorecer la reflexión sobre la época contemporánea como objeto de estudio histórico*) ¹⁵.

¹² He tratado de referirme a este tipo de problema dentro de la historia de las mujeres en: P. Di Cori, *Unite e divise. Appunti su alcuni problemi di storia della solidarietà tra donne*, en L. FERRANTE-M. PALAZZI-G. POMATA (a cargo de), **Ragnatele di rapporti**, Torino, 1988.

¹³ Cfr. P. DEGLI ESPINOSA, *Ambiente e qualità della vita: nuovi rapporti tra soggettività e produzione*, DEMOCRAZIA E DIRITTO, n. 2-3, 1988, por ej. pág. 310.

¹⁴ Cfr. el texto completo del Estatuto de la Sociedad Italiana de historiadoras, AGENDA, n. 0, 1989, la cit. se encuentra en pág. 5.

¹⁵ Cfr. STATUTO DELLA SOCIETÀ ITALIANA PER LO STUDIO DELLA STORIA CONTEMPORANEA (SISSCO), Roma, 1990.

Puesto que un cierto número de mujeres, incluida la que escribe, forma parte de ambas asociaciones, no está fuera de lugar preguntarse si existe alguna relación entre la identidad de las socias y la de los dos organismos que a primera vista parecen ir en direcciones diametralmente opuestas; y también es lícito formular alguna pregunta sobre el comportamiento de los socios, especialmente sobre las consecuencias que todo esto puede tener en los debates en torno a la disciplina.

Por un lado hay que considerar como elemento no irrelevante la naturaleza de la doble adhesión de las mujeres, en el que se evidencia un dato inquietante y ambiguo presente en la pertenencia femenina: las mujeres suscriben y aprueban un estatuto que gira en torno a los sujetos, pero aceptan también tomar parte de una institución cuyo objetivo principal es el de concentrarse sobre objetos.

Por otra parte, hay que tener en cuenta los objetivos que se quieren perseguir. En el interior de la SIS y de la SISSCO se examinan aspectos muy diversos del territorio histórico, los cuales - a pesar de la gran variedad de modalidades con que se abordan - de modo aproximado y muy suscitadamente por necesidad de síntesis, se pueden reducir a algunas dimensiones fundamentales, entre las que emergen con particular relieve: la experiencia del tiempo y de la memoria, la relación con los antepasados y la tradición. El fin principal de estas asociaciones es el de poner en evidencia tanto los elementos que competen a la esfera subjetiva (cómo se comunica con ellos y qué siente el que hace historia, que parece reaccionar como si se mirase en un espejo) como los relativos a la esfera objetiva (cómo se muestran y actúan los seres humanos que vivieron en otra época, independientemente de la persona que hace historia, la cual los observa como alguien que está en una ventana y mira una cosa o una persona ajenos a él).

Modalidades tan diversas de leer la realidad del pasado contienen criterios de prioridad implícitos a partir de la preferencia que se dé a la similitud o a la diversidad. Si se elige el criterio de la similitud se pone en acto una operación que reflexiona sobre los otros como si fuesen versiones de uno mismo; se trataría sobre todo de un trabajo que conduce todos los datos externos hacia el interior. En el caso de la diversidad, se acentúa en cambio todo cuanto se diferencia de uno; es decir, se actúa como si se estuviera escondido detrás de una máscara observando la realidad externa con el fin de reproducirla, reconstruirla o interpretarla como si no tuviera ninguna relación directa con uno mismo.

Privilegiar una u otra modalidad implica necesariamente atribuir una preeminencia particular al dato de la experiencia - ubicarse más cerca o más lejos respecto de lo que se estudia, cualquiera sea el número real de años que nos separan de ello - y también al del control de las propias emociones¹⁶.

Nos encontramos así frente a algunas especificaciones de significado, que no habíamos tomado en consideración hasta ahora, a propósito del término *subjetividad*. Este último coincide ahora con dos situaciones muy interesantes - la determinada por la proximidad y la que se crea en el caso de una falta de control de uno mismo: en una palabra, se es más subjetivo cuanto más se adhiere uno al objeto.

¹⁶ Estos aspectos se discuten en el capítulo IV de la obra de S. KRACAUER, **Prima delle cose ultime**, Casale, 1985.

Abandonarse hasta “perder los sentidos”, por así decir, - así al menos lo sugiere el sentido común historiográfico - es peligroso y puede poner en grave riesgo la cientificidad del propio trabajo.

Identificarse con personas del pasado y tomarlas como modelos para el presente, con consecuencias deformantes fácilmente imaginables, constituye uno de los riesgos respecto del cual más frecuentemente los historiadores se interrogan alarmados, exigiendo la oportunidad de trabajar con una mayor distancia. Quien se acerca demasiado al propio objeto en realidad se está alejando de la historia para ocuparse de otro. ¿Qué hace entonces? ¿De qué modo se miden distancia y cercanía? ¿Y cómo es que siempre un contacto demasiado íntimo con el material de estudio suscita tanto miedo? Son preguntas muy difíciles de responder. ¿Es que historiadores destacados y serenos proporcionaron interpretaciones más convincentes que aquellos que imprimieron sobre todo lo que escribieron la marca de su propio compromiso físico y mental? Nadie por cierto soñaría aplicar este criterio a la obra de un estudioso como E.P. Thompson, quien, sobre el plano de la identificación con la clase obrera inglesa del pasado y de la pasión impresa al propio trabajo, no tiene rivales en la historiografía británica de la segunda posguerra.

Por otra parte, poquísimos historiadores hablarían con desapego del propio oficio, como si se tratase del trabajo de algún otro. Georges Duby, en el largo y bellissimo diálogo con Guy Lardreau publicado en Italia con el título **Il sogno della storia**, sostiene que *las pulsiones del deseo penetran en el propio trabajo del historiador en múltiples niveles y entran en juego también en las elecciones teóricas*¹⁷.

En lugar de ser dejada de lado, la pasión es parte constitutiva del oficio, y en algunos casos la argumentación concerniente al compromiso personal del historiador se adopta con fines de refuerzo para indicar una decisión encomiable y sentido de la responsabilidad. Así lo entiende Salvatore Settis cuando escribe a propósito del libro de Carlo Ginzburg sobre el proceso a Adriano Sofri. Haciendo hincapié en la relación entre pasión y oficio se pregunta: *¿Se puede mezclar la pasión con el oficio? ¿O el oficio, para ser ejercitado correctamente, presupone frialdad, distancia, neutralidad? Sería como preguntarse si un médico puede curar a un hijo o a un amigo. (...) ¿Pero quién ha dicho que la emoción o la pasión disminuyen la atención?*¹⁸.

Una actitud diferente se encuentra, en cambio, en los escritos autobiográficos y en entrevistas en primera persona realizadas por los historiadores, algunos de los cuales sostienen que conviene hacer a los observadores participantes de sí mismos. El propio Duby, a propósito de la “ego-historia”, escribió que *si la historia de los otros es tanto mejor cuanto más apasionada se muestra, la historia de sí requiere, al contrario, la objetividad más rigurosa*¹⁹. Tales observaciones testimonian de modo inequívoco que el trato distintivo de la disciplina es una vocación irreductible

¹⁷ Cfr. G. DUBY, **Il sogno della storia**, Milan, 1986, pág. 47.

¹⁸ Cfr. S. SETTIS, *La verità in archivio*, IL MANIFESTO, 26 de mayo 1991, pág. 32.

¹⁹ Cfr. G. DUBY, *Le plaisir de l'historien*, en **Essais d'ego-histoire**, a cargo de P. NORA, Paris, 1987, pág. 138.

a la objetividad, de la que no está exento ni siquiera el género autobiográfico. Para los historiadores el exceso de intimidad no está consentido ni aun consigo mismos²⁰.

Interrogados sobre este punto, las reacciones de los socios de la SISSCO y las de las socias de la SIS mostrarían probablemente orientaciones diversas, en sintonía con sus respectivos estatutos, y nos encontraríamos frente a ecuaciones muy familiares: la que asimila subjetividad con femineidad y objetividad con masculinidad. Con algún agregado, ya que a lo largo del camino que hemos descrito se introducen algunos matices que complican el cuadro de las correspondencias y que ponen en evidencia la extraordinaria capacidad manipuladora masculina, y también las limitadas posibilidades femeninas.

Los historiadores hombres parecen dotados de un poder sobrenatural: el de objetivar cualquier elemento subjetivo. Al mismo tiempo, son capaces de sumergirse concientemente en el objeto que tienen enfrente sin por eso, por así decir, “perder la cabeza”. Todo lo que es cercano, íntimo, interno se coloca a una distancia segura; en cambio, todo lo que viene del exterior no ofusca los sentidos en virtud de una providencial forma de autocontrol. Además, cuando se mueven en un sentido o en otro, por lo común actúan entre sí, es decir, sin la ayuda o la presencia de mujeres.

Las socias de la SIS, por el contrario, no se arriesgan a hacer esto. A ellas no les es consentido poseer una mirada objetiva si actúan fuera de un contexto mixto, o sea, en ausencia de hombres; también cuando hablan de otras cosas, en realidad es como si les fuese concedido “hablar de sí”. Se explica así por qué las mujeres, cuando reclaman el derecho de hacer historia, son presas de gran temor, - no de ser llevadas a su subjetividad, sino de ser confinadas en el ghetto semántico (ahí donde el término significa femenino, irracional y no científico)-; y se entiende también por qué muchas veces buscan que el propio trabajo sea lo más “objetivo” posible²¹.

El separatismo masculino puede producir al mismo tiempo subjetividad y objetividad²²; el femenino sólo la primera. Muy pocos historiadores en verdad (si hombre respecto de mujer, si blanco respecto de negro, heterosexual respecto de homosexual, etc.) estarían dispuestos a admitir que la interpretación llevada a cabo por un observatorio separado (la historia de las mujeres, la de los negros, de los

²⁰ Una obra importante sobre estos problemas en el contexto de la historiografía estadounidense es la de P. NOVICK, **That Noble Dream. The Objectivity Question and the American Historical Profession**, Cambridge, 1988; sobre ésta cfr. la reseña de quien escribe *Sul significato delle parole*, L'INDICE, n. 10, diciembre 1989.

²¹ Este esfuerzo es evidente, por ejemplo, en los ensayos recogidos en **Ragnatela di rapporti**, cit.

²² Así se deduce del artículo de Settis sobre Ginzburg (nota 18) arriba citado: Este uso implacable del método y de la filología de lo histórico sobre documentos que conciernen a personas vivas crea en el lector un sentido dramático de acortamiento de perspectiva: transforma las cartas del proceso Sofri en un documento “histórico”[...] nos impone la distancia y la objetividad del juicio, al desplegarse un razonamiento sobre los textos; no nos salvamos, por cierto, de la emotividad y de la variedad de las opiniones, pero se nos obliga a confrontarnos con argumentos concretos, a transportarnos a un plano, el de la discusión sobre el documento, que tiene su garantía de procedimiento, su **prueba**”.

homsexuales, etc., etc.) tiene igual dignidad e iguales derechos que el dominante, y, por lo tanto, que pueda legítimamente aspirar a un idéntico nivel de “objetividad” (la que aquí es entendida sobre todo como sinónimo de verdad)²³. Entre ellos se alza tal vez el miedo no sólo de perder una posición hegemónica sobre otros y otras, sino probablemente el de no mantener el control de sí y de la propia identidad sexual. Si abandonar el sólido terreno objetivo significa feminización de la disciplina, se insinúa el temor de que la propia subjetividad se transforme sin más, el peligro de una desvirilización²⁴.

Lo que además surge del comportamiento difuso de los historiadores en este respecto, es una modalidad ingenua de relacionarse con el pasado y el presente, según la cual la alteridad se considera la característica principal del primero. Se cree que es el presente ante todo el que ofrece caracteres de verosimilitud con uno mismo. Ocuparse de épocas distintas de aquellas en que se vive se considera una actividad que opone una barrera entre la propia subjetividad y el material estudiado; es decir, se tiene la dificultad de admitir, como ha escrito acertadamente Dominick La Capra a propósito de los riesgos de la microhistoria, que existe una relación de cercanía o de lejanía tanto en relación a las fuentes y a los archivos como respecto de nosotros mismos. *La alteridad, en otras palabras, no está simplemente “allá afuera” en el pasado, sino también “en nosotros”; y el problema más general de la investigación es el de comprender y relacionar diversos niveles de cercanía y lejanía existentes en relación al “otro”, que se encuentran tanto fuera como dentro de nosotros mismos*²⁵.

Ocuparse de la subjetividad como objeto de estudio y plantear el problema de la identidad de los sujetos que hacen historia y de su posición institucional y social son cuestiones que no pueden ser consideradas separadamente. Una está relacionada a la otra; en un cierto sentido del mismo modo que masculino está relacionado con femenino y viceversa.

²³ Sobre la relación entre objetividad y pretensión de restituir la verdad, típica de los procedimientos en historia como en jurisprudencia, cfr. las agudas observaciones de Mark COUSINS, *The practice of historical investigations*, en D. ATTRIDGE-G. BENNINGTON-R. YOUNG (a cargo de), **Post-estructuralism and the question of history**, Cambridge, 1987.

²⁴ Una de las consecuencias evidentes que se pueden obtener de este ejemplo es el hecho de que sujetos y objetos de la práctica histórica coinciden en los lugares en los que la asimetría sexual se acompaña de una vistosa desigualdad de influencia y de poder dentro de la disciplina, creada respecto de quiénes son los que establecen los criterios de cientificidad en base a los cuales se originan inclusiones y exclusiones. El estudioso a quien debemos una de las contribuciones metodológicas más relevantes en torno a estos aspectos es Michel DE CERTEAU. Cfr. **L'operazione storica**, Urbino, 1973 y **La scrittura della storia**, Roma, 1977. El problema de la subjetividad es abordado por de Certeau en un importante ensayo, *History: Science and Fiction*, incluido en **Heterologies. Discourse on the Other**, con introducción de Wlad Godzich, Manchester, 1986. Sobre el problema de la historia “de los otros” cfr. I. SCOTT, *History in Crisis? The Other's Side of the Story*, en *AMERICAN HISTORICAL REVIEW*, n. 3, junio 1989.

²⁵ D. LA CAPRA, **History & Criticism**, Ithaca (N.Y.), 1985, pág. 140. Cfr. sobre la misma línea T. KUEHN, *Reading Microhistory: The Example of Giovanni and Lusanna*, en *JOURNAL OF MODERN HISTORY*, n. 3, setiembre 1989.

Por otra parte, qué cosa sea un sujeto es uno de los problemas más debatidos en la época contemporánea, al punto que el desacuerdo teórico sobre estos aspectos no podría ser más grande. Se puede tener una idea cotejando dos grandes concepciones existentes, tan radicalmente opuestas una a la otra que pueden con todo derecho llamarse, respectivamente, *fría* y *caliente*.

La primera, como es fácil de intuir, tiene un efecto congelante pero al mismo tiempo de gran reaseguro porque aleja cualquier temor de no poder controlar lo que somos y lo que hacemos. La segunda, en cambio, inflama, y puede alcanzar una temperatura tal que se vuelve intocable. Llamaré fría la posición del lingüista Luis Prieto, quien define el sujeto como un mero ente biológico capaz de ejecutar acciones. Totalmente opuesta es la posición caliente de Jacques Lacan, para el cual el sentido del término sujeto en el discurso analítico se encierra en las palabras: *lo que habla sin saber me hace yo, sujeto del verbo. Esto no alcanza para hacerme ser. Esto no tiene nada que hacer con lo que estoy forzado a poner en el ser*²⁶.

Según la tradición, la imagen más difundida de la historia es la que representa la pensativa musa hija de Mnemosine, ceñida de laureles y rodeada de libros. Durante muchos siglos, hombres y mujeres dedicados a la disciplina histórica se dirigieron a Clío como a la fuente de su inspiración²⁷. Pero a la luz de las consideraciones que hemos desarrollado aquí, podemos pensar que ella no es la única imagen que preside las reuniones de las asociaciones profesionales. Junto a ella se perfila ahora, mucho menos seguro, el perfil de otra figura, la que representa al infeliz hijo de Yocasta y Layo. El inquieto errar de las historiadoras entre subjetividad y objetividad, desde la SIS a la SISSCO y de vuelta, tiene afinidad con el viaje edípico emprendido por un sujeto en busca de un objeto de amor. En este sentido, el psicoanálisis nos ha enseñado cuánto más atormentado que para los niños es el recorrido de las niñas, para las cuales la elección del objeto se presenta tan traumáticamente que estimula manifestaciones clasificables como perversas. El término no debe asustar; el mismo Freud viene en nuestra ayuda al afirmar que *la disposición a la perversión no es nada raro ni particular, sino una parte de la constitución llamada normal*²⁸.

Tal interpretación permitiría, entonces, considerar la historia de las mujeres como una forma verdadera de perversión dentro de la disciplina. En el fondo, algo totalmente normal.

* Traducción de María Cristina Davolio

²⁶ Cfr. L.J. PRIETO, *Decisione e soggetto*, en **Saggi di semiotica** II, Parma, 1991, en particular págs. 172-173; y J. LACAN, **Il Seminario, Libro XX, Ancora**, Torino, 1983, pág. 119. V. también A. SCIACCHITANO, *L'asfera. Per una topologia del soggetto*, en *AUT AUT*, n. 219, 1987, que proclama la intención de "hacer emerger el sujeto del deseo de las ruinas humanísticas; contrastar la presión liberadora del discurso científico; abandonar los lugares comunes de la intersubjetividad" (pág. 55).

²⁷ Sobre la imagen de Clío se inspiró Natalie ZEMON DAVIS en el ensayo *History's Two Bodies*, *AMERICAN HISTORICAL REVIEW*, n. 1, febrero 1988.

²⁸ Cfr. J. CHASSEGUET-SMIRGEL, **I due alberi del giardino**, Milano, 1991, y P. ADAMS, *What is a Woman? Some Psychoanalytical Dimensions*, *WOMEN*, n. 1, abril 1990.